

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Escritos, moralidad, instrucción.

PRECIOS.

MADRID.

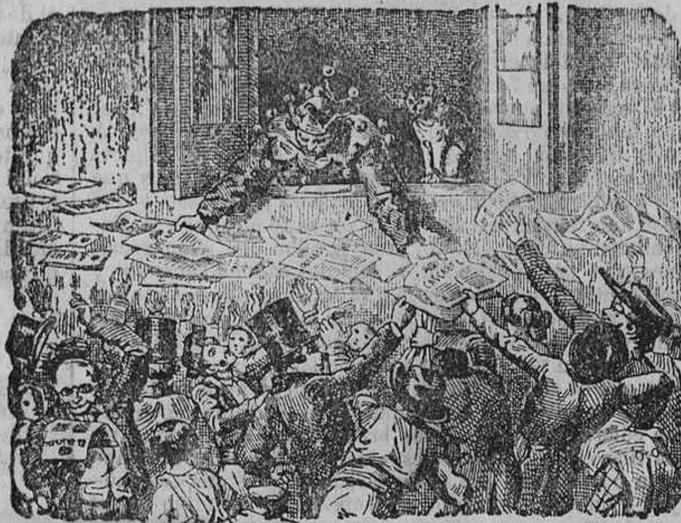
Tres meses. . . . . 9 rs.  
Seis id. . . . . 16 .  
Un año. . . . . 30 .

PROVINCIAS.

Tres meses. . . . . 10 rs.  
Seis id. . . . . 18 .  
Un año. . . . . 34 .

DIRECCION.

Calle de las Hileras, 2 duplicado.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS.

EXTRANJERO.

Tres meses. . . . . 22 rs.  
Seis id. . . . . 38 .  
Un año. . . . . 74 .

En París recibe suscripciones y anuncios para EL CASCABEL, M. E. Pierron.—Boulevard Magenta, 101.  
Se suscribe en la Habana. Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.

AMÉRICA.

Seis meses. . . . . 38 rs.  
Un año. . . . . 70 .

FILIPINAS.

Seis meses. . . . . 60 rs.  
Un año. . . . . 110 .

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, 2 duplicado.

# EL CASCABEL.

DIRECTOR Y EDITOR, D. C. FRONTAURA.

PERIÓDICO FESTIVO.

ADMINISTRADOR, D. F. PEREZAGUA.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

NOTICIAS TELEGRÁFICAS.

Lo menos que se figuran nuestros lectores al leer el epígrafe de este artículo, es que vamos á participarles que el Director de EL CASCABEL, deseoso de corresponder al favor del público, como dicen casi todos los que no tienen motivo para decirlo, ha contratado un servicio telegráfico tan estupendo, que gracias á él, los lectores de nuestro periódico van á tener noticia de los sucesos ántes de que ocurran. ¡Valiente chasco sellevan los que tal crean!

El presente artículo no tiene más objeto que publicar algunas reflexiones que ha sugerido á un muchacho de buen humor la rapidez con que en el día se comunican las noticias.

En los dichosos tiempos de Felipe II, se tenía por un prodigio de celeridad el que un mensajero tardara quince días desde Bruselas á Madrid para traer á aquel monarca la noticia de la ejecucion de los condes de Horns y de Egmont.

Hoy nadie está contento, si por la noche no le dice *La Correspondencia* de cuántos platos se ha compuesto el almuerzo del presidente de los Estados-Unidos aquella misma mañana.

Y como todas las cosas han de seguir la marcha del telégrafo, que parece estar llamado á dar su nombre á nuestro siglo, de aquí que en el día todas las cosas hayan de hacerse eléctricamente, pues de lo contrario, nadie mostrará por ellas la menor predileccion.

Todas las esquinas de Madrid están, desde hace algunos meses, asustando al pacífico transeunte con un cartel orlado de negro, en que debajo de una tumba con su correspondiente ciprés y una figura que medita, llora ó tiene dolor de muelas, se leen estas fatídicas palabras: *Esquelas de funeral en el ACTO.*

A muchos hemos oido hacer comentarios acerca de este anuncio, que ha servido ya de tema á más de una gacetilla.

Para que las esquelas en que se anuncia la muerte de un prójimo estén hechas en el acto de morir el interesado, es necesario que hayan comenzado á hacerse cuando aun está vivo, á menos que el litógrafo haya encontrado el modo de suprimir el tiempo y la distancia.

En ese caso, sería curioso que por un exceso de prevision el mismo interesado, aun bueno y sano, fuera á encargarse las esquelas de su funeral.

Ya no falta sino que, dando un paso más en la vía de la celeridad, se hagan esquelas de parte de boda en el momento en que uno se enamora, ó de mudanza de casa cuando el inquilino comienza á disgustarse de la que habita.

Bien pensado, esto nada tendria de extraño. El litógrafo en cuestion se halla á la altura de su época.

En el siglo del telégrafo, las esquelas de funeral deben hacerse en el acto, y aun ántes de que el fallecimiento ocurra.

Pero nuestro principal objeto era hablar de los partes telegráficos, como síntesis de la época en que plugo á la suerte hacernos nacer, y en que, mal que nos pese, nos vemos obligados á vivir.

El despacho telegráfico ha venido, por decirlo así, á despoetizar la noticia y á matar la descripcion.

Despues de que con su brutal laconismo nos dice un telegrama: «Fulano, muerto;» ¿qué interés pueden ya tener los detalles de su muerte, recibidos algunos días despues por el correo?

En el párrafo precedente, al calificar el laconismo de los despachos telegráficos, se ha escapado de nuestra pluma el adjetivo *brutal*, que aunque no muy cortés que digamos, no deja de ser todo lo gráfico posible, y lo respetamos en gracia de su exactitud.

Con efecto, el telégrafo ha hecho imposible atenuar las noticias y preparar á uno á recibirlas.

Todos tenemos presentes los ingeniosos rodeos con que en una carta se iba preparando a uno á saber una desgracia. Aquellas piadosas digresiones, cuyo objeto no era otro que el de despertar la duda y alimentar la sospecha, ántes de dispararle á uno el trabucazo de la realidad, si no siempre eficaces, siempre eran dignas de respeto por la noble intencion del que las empleaba.

Gracias al telégrafo, todo aquello se ha hecho imposible. Desde el momento en que uno se decide á recurrir á él para participar á otro una mala nueva, puede figurarse que se ha decidido á darle una puñalada.

*Las palabras cuestan dinero* si han de trasmitirse por medio del alambre, y este es el secreto de que no haya habladores por el telégrafo.

El hombre más difuso se expresa con una concision admirable, cuando sabe que cada diez palabras le cuestan una peseta.

Desgraciadamente, la claridad no siempre corre parejas con la concision.

Figuraos cómo se quejará un hombre que reciba una hoja de papel en que, despues de unos cuantos números y signos cabalísticos, se le diga:

*Ganados enfermos treinta reses.*

Si el que recibe este despacho es un ganadero, y el comunicante un médico, ¿no tardara aquel un buen par de heras en averiguar si lo que le dice es que ha ganado treinta reses curando enfermos, ó que han enfermado treinta reses de sus ganados?

Pues si á esto se añade que los telegrafistas, como todos los mortales, estan sujetos á equivocarse, y que la omision de una letra ó de un signo ortográfico puede variar completamente el sentido de un periodo, se verá que no es difícil se dé algun caso como el siguiente:

Un marido, cazador frenético ha enviado á su esposa, en cinta, á una casa de campo, donde le guardan dos perros de caza. Un día recibe un parte, que dice así literalmente:

*Elisa parió un perro muerto.*

¿Qué desesperacion no se apoderará de aquel hombre al encontrarse de buenas á primeras padre de un mastin ó de un galgo?

Pues si tiene paciencia para aguardar á que el correo le dé detalles, al día siguiente sabrá que su esposa ha dado á luz un robusto niño, tan parecido á él como una gota á otra, y que uno de sus perros de caza ha muerto de falta de respiracion, que es de lo que mueren todos los seres animados, á despecho del parecer de médicos y veterinarios.

Un punto que se le escapó al telegrafista, hizo que el despacho no viniera concebido en estos términos:

*Elisa parió. Un perro muerto.*

Otros muchos ejemplos pudiéramos aducir; pero no lo hacemos por miedo de molestar á nuestros lectores, á quienes diremos que, á pesar de sus inconvenientes, el telégrafo es una gran cosa.

LA CIENCIA DE LAS MUJERES.

Engaño parece,—he pensado algunas veces,—que las mujeres, no teniendo más ciencia ni más libros de texto, ni más carrera, ni otro porvenir, ni pensamiento alguno de día y de noche que conquistar el corazon de un hombre, no hayan hecho más progresos en esa su

especialidad, ni conocido más á fondo las armas, el juego, la posicion, el lado vulnerable de ese enemigo, del cual han de ganar la victoria.

Y no se diga que las mujeres conquistan muchos corazones. La mayor parte de las veces no los conquistan, los fascinan por el momento, los engañan.

Prueba clara de ello es que la mayor parte de los vencidos, ó se arrepienten ántes, y de aquí los mil rompimientos amorosos, ó se arrepienten despues, lo cual es todavía peor, porque no tiene remedio.

Es que para los fascinados llega un día en que ven negro lo que ántes veian de color de rosa, y de aquí los arrepentidos y detractores del bello sexo.

¿Y por qué las mujeres no han llegado á apurar la ciencia de ganarse los corazones?

Por una razon muy sencilla. Porque han sido, ó muy inocentes, ó muy poco hábiles, y se han batido siempre á gusto del enemigo, en vez de emplear con tino los medios que el arte de la guerra entre hombres y mujeres admite como buenos y lícitos.

Admitido que los hombres son enemigos á quienes las mujeres tienen que conquistar, nótese que éstas, en lugar de hacer lucir sus encantos y esgrimir las armas que las dió naturaleza tan poderosas contra el sexo contrario, con arte y en reserva; se pasan al campo enemigo, ponen en manos de sus adversarios las armas con que han de herir, déjanles ver sus planes y descubren su juego de tal manera, que el enemigo no puede ser conquistado, porque ha jugado y se ha familiarizado con las armas que habian de decidir la victoria en el combate.

Esto no es solo una metáfora, es una gran verdad. Dicen los hombres:

—Vuestras gracias nos encadenan, vuestras bellas formas nos seducen, nos aprisionan vuestras hechiceras sonrisas, cautivamos vuestras irresistibles miradas, embriáganos la admiracion al ver vuestra torneada garganta....

¡Y las mujeres ostentan sus gracias, descubren sus bellas formas, prodigan sus sonrisas, menudean sus miradas y exhiben la garganta torneada y el niveo senol....

¡Inocentes! ¡demasiado inocentes! No han llegado á conocer que el hombre es como el niño que apetece un juguete; mientras no lo tiene, obedece con la esperanza de conseguirlo; cuando lo ve entre sus manos, lo rompe y pide otro nuevo, pues tal se revela desde la cuna la inconstancia y volubilidad de nuestra naturaleza.

Dicen los hombres:

—Madres, vuestras hijas, más que mujeres, son ángeles de la tierra; su belleza irresistible nos atrae como el iman; nuestros ojos, nuestro corazon, todo nuestro ser se va tras esas deidades sin las cuales no podemos vivir; queremos verlas á menudo, estar á su lado, hartarnos de admirar sus encantos, hablarlas de amor, llevarlas en nuestros brazos, contemplarlas á todas horas y á nuestro sabor....

Y las madres exhiben á sus hijas con harta frecuencia en calles, paseos y teatros, y las llevan á los bailes, y las dejan en brazos de los hombres, y toleran multitud de citas, y billetes, y novios, y amoríos, y enredos y travesuras, disculpándose con aquello de «¡Ahora están en la edad de hacerlo. ¡Quién sabe lo que las espera despues!» y en una palabra (palabra muy gráfica por cierto), *las meten por los ojos* de los hombres.

Es verdad, los ojos de los hombres se acostumbran demasiado, se hartan de ver, y acaban por ver muy claro, ó más bien, muy negro, cuando á través de todas esas mil gracias y encantos distinguen la impaciencia desmedida de muchas madres, el afan impropio de algunas hijas, el frio cálculo, el estudio, la especulacion, el negocio.

Y ¿sabéis, lectoras, las consecuencias de esta vuestra conducta?

Fijaos en una de esas recepciones familiares, en que la señora de la casa reúne un coro de ángeles y algunos jóvenes, con objeto de pasar agradablemente la noche en baile de confianza; y observad que el número de ellas es siempre, por lo ménos, duplo que el de ellos. Descontad la tercera parte de los hombres que no bailan (las mujeres bailan todas), y atendiendo á los motivos expuestos, comprendereis: por qué la señora de la casa se esfuerza en vano en suplicar á los hombres que bailen; por qué estos se excusan y no gustan de bailar; por qué las niñas, mediando alguna confianza, los sacan á ellos; y en una palabra, por qué las mujeres buscan más á los hombres que éstos á ellas, que es como debiera suceder.

Esto, por lo que toca á las dificultades de la conquista.

Oid ahora la causa de que los vencidos renieguen de vuestro yugo y degeneren en arrepentidos.

La descarada ostentación de la hermosura y demasiada exposición de vuestros encantos, la coquetería que á veces degenera en desenvoltura, la exhibición provocativa, todo eso fascina, seduce, deslumbra, embriaga, pero no pasa del organismo y no llega al corazón, porque el corazón no responde a vanas exterioridades, sino á virtudes sólidas.

Esto no lo han echado de ver muchos hombres, mas no por eso es ménos cierto.

De aquí la poca duración de esos amores que nacen y mueren en una semana ó en un mes, tiempo suficiente para que el interesado vuelva de su engaño.

Antes de concluir, voy á permitirme un consejo á mis lectoras. Empiezo con un cuento:

Cierta día fui á un huerto con ánimo de coger manzanas.

Había tantas, que de solo verlas se me pasó la gana.

Ni una sola cogí.

De vuelta de mi paseo, ví que asomaba sobre el camino, y por encima de cierto cercado, un manzano, que me pareció tanto más bello y frondoso, cuanto que era el único, con la particularidad de que de él pendía una sola manzana.

Ver aquella manzana y sentir un nuevo apetito de poseerla, fué todo uno; de tal modo, que por saciarlo hube de escalar la tapia y arrostrar el peligro de ser sorprendido en fragante delito.

Entonces recordé la fruta del cercado ajeno.

¿Pero á qué traer imágenes? ¿no descendemos de Adán y Eva?

¿Y no pecaron éstos por comer la fruta del único árbol prohibido? ¿Qué mucho, pues, que los hijos de tales padres desechemos lo fácil por correr en busca de lo raro y difícil?

¿Comprenderán mis lectoras toda la fuerza de la moralidad que se desprende de ese apólogo?

De él se deducen las siguientes verdades:

Que una mujer vale todo lo que quiere valer, que nadie pone precio á su mérito sino ella misma, que todo lo alto que quiera poner su honor será mirado por los hombres, que será tanto más buscado y codiciado cuanto sea más severo y recatado, pues no es verdad que los hombres vayan tras de las virtudes fáciles, sino tras de las inexpugnables y difíciles, y si en su camino encuentran aquellas y las huellan, más que culpa suya lo es de las fortalezas, que tan malos guardianes tienen, que ó se dejan tomar, ó muestran cuán peligroso sería encomendarles la guarda del honor ajeno.

Que los obstáculos excitan el apetito y avivan el deseo, y algunas dificultades para llegar hasta vosotras, lejos de desalentar á los hombres, los provoca y anima.

Que una vez ganado el corazón de un hombre, todo el talento de la mujer consiste en no darle posesión de las seducciones que le han conquistado, ni hacerle familiar con ellas; en dejarle entrever cada día nuevas gracias, y recursos nuevos, en probar con su recogimiento y recato que su virtud es harta sólida, para que un hombre pueda confiadamente depositar en tal guardian los sentimientos de su corazón, la dicha de su alma, el porvenir de su familia, el honor de su nombre y la felicidad de toda su vida.

EL COLEGIAL.

## LOS ALBUMS.

Hace mucho tiempo que no tengo el gusto de llamar de tú á los lectores de EL CASCABEL, y aunque supongo que esto les habrá tenido sin cuidado, no quiero guardar silencio tantos días.

Hablemos, pues.—El objeto será el muy meritorio de ver, si acabo con esta mala costumbre.

Mi humilde y oscuro nombre (¡viva la modestia!) ha sido estampado á estas horas en dos docenas de libros perfumados.

¡Y qué perfumes, lector!

El otro huele á almizcle, el otro á esencia de rosa, el otro á vainilla, este á café con leche y tostada de manteca, aquel á botica. Todos ellos indican bien á las claras, ó por mejor decir, á las narices, la clase á que pertenece su poseedora.

No todos, sin embargo, son álbums *curis*; tengo uno sobre la mesa, elegantemente encuadernado, y que no huele mal. El amigo que acaba de traérmelo asegura que pertenece á una señora muy empingorotada. Creo que es vizcondesa ó cosa así... ¡Ojo! ¡También las vizcondesas tienen álbums literarios!...

—Ponga V. cualquiera cosa, me ha dicho el conductor de los libros en cuestión.

—Permitame V. que ántes le haga algunas reflexiones. Escribir en un álbum, y así de golpe y porrazo, no es cosa tan fácil como beberse un vaso de agua... ¿V. sabe los apuros en que uno se ve?... Figúrese V., por un momento ó dos, que la dueña del álbum, llámese A ó B, tiene un marido, celoso como Otello y valiente como el Cid. Yo le digo á esa señora en mis versos que es divina, que tiene unos ojos... pero ¡qué ojos! y que por una mirada suya daría yo un sa to de aquí á la Habana (si pudiera). En fin, una porción de exageraciones que los versificadores decimos *calamo corriente* y sin sentir ni un ápice de lo que estampa nuestra pluma. Pues bien: el marido lo toma por lo serio, se figura que mis versos son una declaración *sotto voce*, y al día siguiente, en vez de venir á darme las gracias por los versos que he compuesto sin llevarle un céntimo, se presenta en mi casa, descompuesto, rubicundo, montado en cólera, como en el más brioso corcel, y dándome un cariñoso puñetazo en la espalda, me pide una satisfacción por el amor que ha declarado en el álbum á su mujer, y que su mucha perspicacia ha sorprendido en el acto...

Y aquí tiene V. á un hombre comprometido. Yo no tengo tantas *satisfacciones* para ir las regalando al primero que se me presente, y le digo al celoso marido que no le puedo dar ninguna. Entónces representamos una escena caballeresca *pur sang*; me llama cobarde, y yo le llamo pillo de playa, y le rompo las narices ó él me las rompe en un abrir y cerrar de ojos.

Y todo, ¿por qué? Porque he dicho en unos versos á la dueña de un álbum que es bonita, y otra porción de galanterías. Lo más probable es que no conozca á la señora que *me inspira* la composición (que me sirve para todos los álbums), y vea V. cómo, sin comerlo ni beberlo, me siento atacado en mi decoro por un receloso marido, y tengo que romperle el bautismo ó la erisma, ú otra cosa por el estilo, porque así lo exige la *negra* honrilla (que no sé por qué ha de ser negra).

\*

Cambieemos de punto de vista.

Continúe V. figurándose, por otro momento, que la dueña del álbum es la estampa de la herejía, corregida y empeorada hasta donde V. no puede imaginar, y que yo, ignorando las gracias y atractivos que pródiga le dió naturaleza,

le digo en mis versos lo que á todas, es decir, que es encantadora, celestial, divina, y la llamo alma de mi alma, y ojos de mis ojos, y dientes de mis dientes, sin olvidar aquello de que las estrellas pierden su luz avergonzadas cuando ella asoma sus ojos por la ventana, y que las flores le tienen envidia, y otra porción de mentiras más gordas que las de Manolito Gazquez, pero que, á pesar de todo, se creen con la mayor facilidad.

Pues bien: escribo mis versos, pongo la firma, y envío el álbum al amigo que me lo ha traído.—Las mujeres feas no suelen tener muchos defensores, pero nunca falta un padre ó un hermano que da en la manía de creer que me he burlado de la *encantadora* dueña del libro, y al otro día se presenta en mi casa, con la sana intención de partirme por el eje.

Dejo á la penetración de V. las consecuencias que de aquí se originan.

\*

Hombre. ¿qué más? le voy á decir á V. un caso del que no hice caso, pero que acaso pudo fastidiarme.—Sí, señor, como V. lo oye.

Pero primero le contaré á V. otro que le pasó á nuestro primer poeta cómico, Breton de los Herreros.

V. ya sabrá que Breton tiene dispuesto un pareado, muy bonito por cierto, que encaja en todos los álbums femeniles y que le ahorra el trabajo de escribir algo nuevo.—El pareado dice así:

Te ví en un baile, me miré al espejo...  
¡ay que rabia me dió de verme viejo!

Un día se le presentó un álbum para que pusiera alguna cosa.—La dueña del álbum se llamaba Trinidad Contreras, y Breton, galante como siempre, escribió el pareado, y devolvió el libro el mismo día.

Hasta aquí nada tiene esto de particular; pero lo que sí sorprenderá á mis lectores, es el saber que al poco rato de haber devuelto el álbum, se presentó en casa de Breton un hombre con cara *feroce*, provisto de unos bigotazos de sargento de gastadores, capaces de hacer temblar al lucero del alba, y que con una voz potente que conmovía las piedras, le dijo:

—Caballero, ¿sostiene V. lo que acaba de escribir en esta hoja?

—Sí, señor, contestó Breton, no veo ningun inconveniente.

—Pues bien, caballero: ¡ya ve V. que Trinidad Contreras... soy yo!...

Ya puede V. calcular el efecto que estas palabras produjeron. Todo se arregló amistosamente, y desde entónces, siempre que escribe en algun álbum, pregunta el *sezo* del dueño, para evitar *quid pro quos* como el que he presentado á la consideración de V.

\*

Yo, sin servir para descalzar á Breton, me he visto en varios apuros, ocasionados por los dichosos álbums que Dios confunda, y sin ir más lejos, le referiré á V. en las palabras que sean necesarias, el que... le voy á referir á V.

Entraba yo una tarde en mi cuarto con deseo de rascar la pluma, y me encontré sobre la mesa un álbum pequeñito, pero llenito de flores, y paisajes, y fragmen-

tos de música, y de todo ménos versos.—Solo había en él dos ó tres cuartetos que nada decían, y esto, francamente, me dió que pensar.

—¿Quién será la dueña de este álbum? ¿Qué le diré? ¿será bonita? ¿será vieja? Luchando con estas dudas empecé dos composiciones, que no me atreví á escribir en el libro temiendo algun contratiempo. Ya le habia dicho que tenia los ojos de cielo y las manos de nieve, pero volví á borrar estos piropos, en la incertidumbre de si los tendria feos y enfermos, que todo pudiera ser.—Por último, determiné escribir en términos generales, diciendo lo que á todas se dice, y sacando fuerzas de flaqueza, puse lo siguiente en el álbum:

Te conozco (1): yo sé que con tus ojos  
la muerte sueles dar:  
yo sé que nadie tu mirada ardiente  
se atreve á soportar (2).

—  
Por esto, pues, mi corazón herido  
huyendo va de ti:  
necesita vivir sin ver tus ojos,  
para poder vivir.

Dí un suspiro heróico cuando terminé mi trabajo, y devolví el álbum á donde decían las señas.

Pasaron dos ó tres días, y una mañana, mientras yo estaba en la cama, se presentó mi criado (que está todavía por civilizar), y me dijo gallegamente:

—Señorita, afuera hay uno que quiere hablar con V. *bárbaramente*.

—¿Cómo bárbaramente! ¿querrás decir verbalmente?

—Sí, eso es: ¿le digo que entre?

—Si, hombre, que entre.

Entró aquel *caballero* con una cara de vinagre, que se me indigestó en cuanto la ví.

—Tiemble V., me dijo, vengo á pedir á V. una reparación. V. me ha insultado. Ha insultado V. á mi novia, á la que será mi mujer... y...

—Por muchos años. Pero no tengo el honor ni la honra de conocer á V. ni á ella.

—¿Y estos versos?... ¿no le dicen á V. nada estos versos!

—¿Qué quiere V. que me digan? si yo soy el que los he dicho...

—Pues bien, ea, en fin, V. la ha insultado, porque mi futura es tuerta, pero con gracia, ¿está V?

—¡Hombre! yo creí que estar tuerto era una desgracia...

—Pues es tuerta, y V. dice que su mirada no se puede *soportar*... ¿Le parece á V. poco?...

No pude contenerme, y lancé una carcajada al comprender la causa de la ferocidad de aquel hombre. Yo, que pensé haberle dicho mil galanterías, me ví precisado á sufrir el desahogo de aquel novio, ultrajado con la mejor intención. Tuve que darle una explicación, haciéndole comprender que no conocía (mas que para servirlo, como dicen ciertas gentes) á la dueña del álbum, y aquí acabó por fortuna un lance que pudiera haber terminado como el rosario de la aurora.

\*

—¿Comprende V. ahora, amiguito, por qué no es tan fácil escribir en un álbum? Yo no escribo ya en ninguno, y Dios me libre de ser galante con las poseedoras del libro, porque aunque naturalmente, la que tiene álbum desea que se la elogie hasta la exageración, yo no quiero exponerme á tener una embestida cada día, y por lo mismo, si escribo será para no decir nada.

—Bien, pero V. no debe dejarme en mallugar, y pondrá aquí cualquier cosa, dice mi amigo.

—¿Es bonita? ¿tiene alguna tacha que pueda comprometerme?

—Hablando á V. con franqueza, no es una belleza descomunal, pero es simpática y tiene un álbum con muy buenas firmas.

—Esta última es una buena *calidad*.

Ea fin, no me comprometo.

—Además es algo coja y...

—No diga V. más. Para el diablo que la eche flores...

¿Cómo se llama?

—Magdalena.

—Pues verá V. cómo me escapo por la tangente y salgo pronto del paso, pero á condición de que no me traiga V. más álbums en su vida.

—Lo prometo.

—Pues agua va.

EN UN ALBUM.

Magdalena, me da pena  
manchar un libro tan liado;  
pero de todo prescindo,  
y lo mancho, Magdalena.

—Y quién es, dirás, el majo  
que tiene el atrevimiento?...  
—Vas á saberlo al momento,  
lo escribiré aquí debajo....

RICARDO SEPÚLVEDA.

## CASCABELES.

Dice el *Figaro* francés que España es el país donde se asesina más fácilmente.

¿Qué me cuenta V?

- (1) No la conocía, pero mentira más ó ménos poco importa.
- (2) Esta palabrita fué mi perdición.

En España, señor *Figaro*, nose cometen tantos crímenes como en Francia.

Dice además el *Figaro* que hay en España pueblos donde todos los días, á las doce, en medio de la plaza, se encuentra el cadáver de un hombre, atravesado de parte á parte.

Vamos, señor *Figaro*, V. ha almorzado fuerte. En España hay crímenes, crímenes horribles, como en todas partes, como en Francia, como en la culta Inglaterra, pero en mucho menor número.

En fin, señor *Figaro*, hágame V. el favor de no hablar nunca de España, si lo ha de hacer como hasta aquí, porque perderá V. su reputación de sensato é imparcial.—España no le ha hecho á V. daño alguno para que así la maltrate V. injustamente.

En París se cree que si, como es probable, es condenado á la pena capital Berezonski, el polaco que el otro día disparó un pistoletazo al Czar, este pedirá al emperador Napoleon el perdón de aquel desgraciado.

Algunos periódicos de París indican ya esta idea generosa que encontrará eco en todas partes.

Perdonar es la mejor venganza del ofendido.

Ya se ha publicado la *Guía de París*, que han escrito los más nombrados escritores del vecino imperio. Es magnífico libro, bajo el punto de vista literario y artístico.

Victor Hugo ha escrito la introducción y como todos los escritores franceses cuando hablan de España, ha soltado su correspondiente disparate, diciendo que *la maja de Madrid tiene todavía hoy por ideal la griseta francesa*.

Debe estar ido, el poeta  
que así la verdad inmola...  
¡Conque la maja española  
imita ya á la griseta!  
¡Bueno está por vida mía!  
Sepa V. señor francés,  
que ninguna mujer es  
aquí tan desavoria.

El otro día fui convidado á comer por un amigo á quien yo había hecho en otra ocasión un gran favor.

Llegé á su casa, y mientras se la señora, me vino á hacer la visita un niño muy listo de cuatro ó cinco años.

Después de decirme varias cosas tan interesantes como VV. pueden suponer, exclamó:

—Hoy estoy muy contento porque has venido á comer.  
—Vamos, le contesté, me alegro de que me quieras, y de serte simpático.

—No, sino me eres simpático, sino que hoy vá á poner mamá otro plato en la comida.

Paseaban unas señoritas por el campo, y hallaron una gitana que las prometió decirles la buena ventura mediante una corta gratificación.

Ninguna demostró curiosidad por saber su porvenir. Entonces la gitana apeló á uno de sus más seductores recursos para casos semejantes.

—¿Quieren VV., les dijo, ver las caras de sus futuros esposos?... No hay para ello mas que mirar á cualquiera de los charcos que la lluvia ha dejado en el camino.

¿Quién resistía á una promesa tan tentadora? Diéronle algunas monedas, requisito sin el cual nada alcanzarían á ver, según

aseguraba la gitana, y miraron presurosas en uno de aquellos líquidos espejos.

Como es natural, no vieron otra cosa que sus propias caras, por lo que amostazadas digeron á la gitana:

—Esto es un engaño.  
—Poco á poco, les replicó la misma. Yo he dicho á VV. que verían las caras de sus futuros esposos, y no he faltado á la verdad. ¿De quién serán esas preciosas caras que VV. tienen, mas que de sus maridos, cuando se casen?

PENSAMIENTOS DE UN GASTRÓNOMO.

El mundo es una gran mesa redonda.  
Su existencia no es más que una serie de digestiones.

OBSERVACIONES ADICIONALES DE UN CESANTE.

—¿Por qué me habrán retirado á mí el cubierto en esta mesa, dejándome solo el palillo de limpiar los dientes?

Desde que estoy cesante, en fuerza de discurrir como un hambriento, me he hecho poeta, y hasta me haría *pagano* si pudiera ser, y creo en los dioses de la mitología. El Dios *Pan* es el objeto más constante de mi culto.

Segun un observador, en el *almanaque de las viudas* hay las solemnidades y épocas notables que á continuación se expresan:

Cuando del llanto el tributo  
pagaron en grande escala,  
y dejan por fin el luto,  
Día de gala.

Mientras llorando estuvieron  
al esposo que perdieron  
con aflicción sin igual,  
Carnaval.

En tanto que nuevos lazos  
las ligan á la familia  
y á otro amor abren los brazos,  
Vigilia.

Mientras con fúnebre traje  
su imagen no halla hospedaje  
en un pecho amante y tierno,  
Invierno.

Cuando, aunque con pena, escucha  
los requiebros de un cuaiquiera,  
cuyo cualquiera es un *trucha*.  
Primavera.

Cuando entre amante caterva  
la viuda, al fin observa  
quién merece más su mano,  
Verano.

Si con su destreza atrapa  
á algun amante bisono,  
y hace al fin su última etapa,  
Otono.

Del nuevo cónyuge en daño,  
ya casado, no es extraño  
que al otro tenga en sus puntos,  
y cada día del año  
será un *día de difuntos*.

—Por poca cosa, continuó el alférez; en Zaragoza se lo dirán á V. para que no lo ignore, que yo no tengo más que hacer que llevarlo á V. bien asegurado, y registrar esta casa, donde algo hemos de encontrar.

—¿Es verdad que eres criminal? preguntó al reo el señor cura, fijando en él la severa pertrante mirada.

—Sí, padre, dijo el sacristan cayendo de rodillas delante del cura.

—¿Lo ve V., padre? añadió el alférez entrando por las habitaciones y registrando todos los rincones. Diez ó doce minutos empleó el alférez en este registro, y volvió trayendo lo que había encontrado.

—Todo estaba empaquetado, a hajajas y dinero.

—En tanto, el cura oía lo que le decía en confesión el sacristan.

El alférez vió al cura inclinado hácia al criminal, y á éste humillado, constricto, confensando sus crímenes, y se apartó, esperando que terminase en paz su confesión, y solo se acercó cuando vió que el cura absolvió al reo y le daba su bendición.

—¿Es esto todo lo que tenía V?... preguntó el alférez al reo, señalando á lo que había encontrado.

—Eso, sí, señor, dijo el sacristan, más sereno ya, más resignado; si hubiera V. venido media hora después, ya no me hubiese encontrado, porque iba á huir, tenía el presentimiento de que se me buscaría, y quería escapar, no por mí, sino por mi hijo.

—¿Tiene V. un hijo?...  
—Sí, señor, un hijo que va á quedar solo en el mundo.

—Solo, nó, dijo el señor cura.

Y en el mismo momento entró en la casa la tia Torda, que traía en brazos al hijo del ladron, y que no dejó de sorprenderse al ver al cura y al alférez, después de haber visto en la calle los soldados.

—Aquí está mi hijo, exclamó el sacristan. Esperaba que me le trajera V., añadió dirigiéndose á la tia Torda para huir con él, pero ya es tarde... Dios no lo ha consentido... A V. se le dejó, á V. y al señor cura.

—Pues ¿qué sucede? preguntó llena de inquietud la buena mujer, que desde la muerte de la sacristana servía noble y desinteresadamente de madre al pequeño

A un número exagerado en los cuartos desalquilados que en la actualidad hay en Madrid.

La cuestión de alquileres entra á pasos agigantados en su período de descenso.

Los propietarios que no bajan los precios, se encuentran como el que tiene una jaula de donde el pájaro se vuela, esto es, mirando por dónde se ha ido.

Lo siento por los caseros...  
Pero me alegro por los iquillosos.

Después de haber luchado dos naciones  
por sostener distintas religiones,  
comprendieron al fin ambos partidos,  
que... los muertos... estaban convencidos.

Por un palmo de tierra  
promovieron dos reyes cruda guerra;  
ellos, ni aun se tocaron á los sayos,  
mas murieron cien mil de sus vasallos.

A 46,568 ascendian á principios de este siglo, los religiosos existentes en los conventos, de España.

No era mal ejército.  
Con menos gente se puede intentar la conquista de un reino.

Un predicador estaba encargado de hacer en una capital de provincia el panegirico anual del Santo Patron. Aquel día se había prolongado demasiado la misa, y el párroco le envió á decir que abreviara lo posible el sermón.

—Amados oyentes míos, dijo el predicador empezando el sermón, hace un año os referí minuciosamente los milagros de vuestro Santo Patron, y como desde el año pasado no tengo noticia de ningun otro, no tengo mas que deciros que encargaron un Padre nuestro y un Ave-Maria por las ánimas del Purgatorio.

La otra noche hallabase en la cama un matrimonio bien avenido.

El esposo dormía el sueño de la inocencia; la esposa no podía dormir, por la tarde se había atracado de pepinos, y la pobre tenía unos retortijones de tripas que parecía que iba á entregar el alma á Dios.

—Marido, decía, hombre, por Dios y to los los santos, enciende la luz, que me estoy muriendo.

Y el marido, despertando al fin, y enterándose de que su esposa quería luz, exclamó:

—Vamos, mujer, ¡qué pesadez!  
—Enciende, hombre, que me muero.  
—Es claro, y sin duda no te podrás morir á oscuras.

El emperador de Rusia tiene en su séquito en París un escritor, que le acompaña á todas partes y escribe diariamente todo lo que hace su amo y señor. De este diario se escriben tres ejemplares: uno se le envía á la emperatriz, otro se lo guarda el emperador, y otro está destinado al archivo imperial, para que lo disfrute la posteridad.

Solucion del gerglífico del número anterior.

Sepa todo el mundo que EL CASCABEL pide que no se suban los derechos del papel.

—Perdóneme V., añadió el sacristan; á V., como al señor cura, como á todos, les he engañado... Yo he sido un ladron, un asesino.

—¿Ladron! repitió la honrada mujer.

—Sí, el hijo del ladron y el asesino es el que dejó encomendado á la caridad de VV.... Yo voy á expiar mis crímenes; y Dios me perdone.

—Si te perdonará, dijo el cura solemnemente, porque en tu corazón ha entrado el arrepentimiento. Después de tu confesion, si en mí estuviera tu suerte, libre te dejaría para que expiases con obras de piedad y con lágrimas y trabajos tus faltas; pero yo no soy la ley; á la ley te debes, y ella te tratara como has merecido. Y si has de morir y quieres tenerme á tu lado en la hora de la muerte, llámame, y allá iré, y yo te acompañaré, y te bendeciré, y cerraré tus ojos. Esto me ordena la ley de Dios; por grande pecador que hayas sido, los hombres, que pueden quitarte la vida en desagravio de la sociedad, á la que tanto has ofendido, no te pueden quitar los consuelos de la religion, y el perdón de quien todo lo puede. Abraza á tu hijo, pídele perdón de ser su padre, y entregate humilde en brazos de la ley, que ha de quitarte la vida, pero te dará con la expiacion y el arrepentimiento el medio seguro de ganar la eterna. Llegarás allí purificado por el arrepentimiento y la expiacion.

Y el sacristan se arrodilló humilde delante de su hijo, y luego le abrazó y le besó una y mil veces, y abrazó á la tia Torda y al señor cura; y todos lloraban, y el alférez no tuvo más remedio que volver el rostro y recoger en su mano dos lágrimas, que ya le caían sobre su poblado bigote.

—¡Voto á cien carros de demonios! exclamó irreverente el oficial, que de soldado raso me quedaria si con eso pudiera hacer que este hombre no hubiera sido un ladron desalmado, y así Dios me salve como que siento que me hayan dado la comision de llevarle á Zaragoza.

—Es V. un hombre de bien, dijo el señor cura al alférez.

(Se continuará.)

EL HIJO DEL SACRISTAN.

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

D. CARLOS FRONTAURA.

CAPITULO IX.

LA SACRISTANA SE MUERE MUY A TIEMPO, Y EL SACRISTAN ESTÁ EN GRAN PELIGRO.

(Continuacion.)

Y lo hubiera hecho si en el mismo instante no hubiese oido pasos de persona que se acercaba á la puerta. Esquivose para no ser visto, y dejó delante de la puerta al señor cura, haciéndole seña de que callara.

La puerta se abrió, y el sacristan suspiró como tranquilizándose al ver al señor cura; pero al acercarse á la puerta el oficial, mudósele el color, y dijo:

—¡Soy perdido!  
Esta exclamacion no la oyó nadie, ni el cura, ni el alférez, pero se leía en su rostro claramente.

En un momento aquel hombre vió el tribunal, la cárcel, el verdugo, la muerte, y tembló y comprendió qué error tan grande era haber vivido con tanta fatiga, y qué dulcísima vida será la del hombre honrado y trabajador que de nada tiene que acusarse.

—No hay que asustarse, señor sacristan, dijo el alférez entrando en la casa antes que el cura.

Este buen cristiano comprendió, con solo ver el rostro del sacristan, que éste era criminal, y el cura amaba demasiado al prójimo para no sentir dolor inmenso al hallar á un hermano dejado de la mano de Dios, como lo debía estar el sacristan.

El señor cura entró y cerró la puerta:  
—En nombre del rey, dijo el alférez descubriéndose, está V. preso.

—¿Yo?... ¿Por qué?... murmuró el sacristan.

Hemos leído en los periódicos de Italia, que nuestro compatriota el joven y notable tenor don Lorenzo Abruñedo, después de haber alcanzado nuevos triunfos en el gran teatro de la Scala de Milán, ha sido contratado para el Singaglia, en unión de la célebre Galletti, Bocolini y otros artistas no menos reputados.

Las brillantes cualidades para el canto que adornan al señor Abruñedo, y su aplicación y estudios al lado de uno de los primeros maestros de Italia, le van elevando á tal altura, que no dudamos en asegurarle un porvenir de los más halagüeños.

Por nuestra parte, á fuer de compatriotas del joven tenor, no podemos menos de darnos la enhorabuena, porque la gloria del artista es también una gloria para su patria.

A ser posible, creemos sería conveniente para nuestro teatro Real la adquisición del señor Abruñedo.

**Charadita del número anterior.**

No me da á mí buena espina  
la mujer que es danzarina.

Un viajero que había recorrido una gran parte del desierto, y que se hallaba postrado por el hambre, la sed y la fatiga, vió con alegría una hermosa palmera, al pié de la cual corría un arroyuelo de agua pura y cristalina. El viajero, se sentó á la sombra del árbol, cogió algunos dátiles dulcísímos, bebió agua y cobró nuevo aliento para volver á emprender la marcha. Lleno de reconocimiento, así dijo, dirigiéndose al árbol bienhechor:

— Hermosa palmera, ¿qué bendición te podré dar yo? ¿Te desearé grandes ramas, hermosas hojas y sombra plácida? No, porque todo lo tienes ya. ¿Te desearé fruto abundante y exquisito? No, porque ya lo tienes abundante y más dulce que la miel. ¿Te desearé un arroyo que fecunde tus raíces? Tampoco eso te hace falta. Dime, ¿qué bien es el que debo desearte?

— Que otras personas veigan también á descansar en mi sombra, y á alimentarse con mis frutos, y á apagar la sed con el agua de mi arroyo, contestó la palmera.

Porque el verdadero bienhechor, el verdaderamente caritativo, nunca desea otra recompensa... que el privilegio de hacer bien hoy, y mañana, y siempre, mientras viva.

A su novio encargóle doña Bruna  
del manejo de toda su fortuna,  
y de manera tal la manejó,  
que cuenta en poco tiempo de ella dió.  
*La mujer con dinero y con amante,  
pierde amante y dinero en un instante.*

En la exposición de París se habla mucho de haber desaparecido las horchateras valencianas. Nosotros hemos visto alguna hembra vestida de valenciana en aquella horchateria, pero habiendonos acercado al mostrador á preguntar á la que parecía dueña del establecimiento cuántas veces ha visto la fiesta del Centenar en Valencia, nos contestó en correcto francés que no entendía el español.

**CHARADITA.**

La primera es una letra  
que en el alfabeto está;  
la segunda con la misma,  
es un arma que verás  
en manos de algún ginete,  
sin ser este militar;  
prima y cuarta, en la cabeza  
acaso oculta tendrás,  
y en buscarla no te canses,  
porque ella sola saldrá;  
allá en el Perchel de Málaga  
vió una moza juncal,  
que prima, tercera y cuarta  
se la solía llamar;  
cuarta y tercera, en la leche  
creo que te gustará;  
y prima, segunda y terci  
es el nombre que le dan  
á una prenda que usa el hombre,  
cuando es corta por demás;  
y del todo estoy seguro  
que noticias me dará,  
si á pedirselas me atrevo,  
un bizarro capitán.

**ADVERTENCIA.**

La Redacción, Administración é imprenta de EL CASCABEL, se han trasladado á un nuevo local, de más capacidad que el que ocupaban anteriormente, situado en la calle de las Hileras núm. 2 duplicado, pisos bajo y principal.

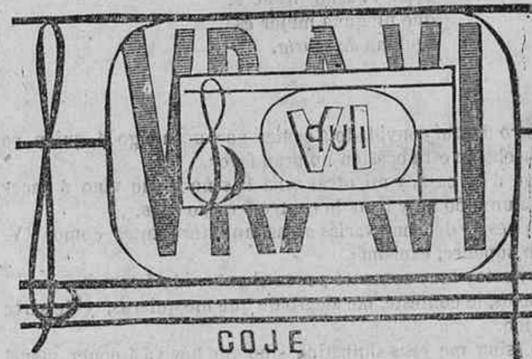
Siendo mayor el local donde hemos establecido nuestra imprenta, estamos en disposición de aceptar todos los trabajos tipográficos que se nos confíen.

Por efecto de la traslación, retrasaremos algunos días el reparto á nuestros suscritores de Madrid del pliego 2.º de *La Gatomaquia*, y la remesa de los dos pliegos á provincias.

Los señores suscritores de EL CASCABEL que no hayan pedido todavía el vale para obtener el libro de la Exposición, pueden reclamarlo hasta fin de mes, por 4 rs. para Madrid y 5 para provincias.

Pero entiéndase que á los suscritores de provincias no se les remite vale alguno, por lo costoso y complicado que esto sería para la Administración, sino que en los libros correspondientes se harán las anotaciones oportunas para remitirles el tomo del *Viaje* una vez que se halle terminado.

**GEROGLÍFICO.**



**ANUNCIOS.**

**Perfecta salud á todos.—La Revalenta**  
*Arábica du Barry de Londres*, cura sin medicina y sin gastos las gastritis, gastralgias, dispepsias, constipaciones, hinchazones, flatos, insomnios, diarreas, náuseas, pituita, hipos, acedias, reumas, catarros, fiebres, toses, asma, ísis, debilidad, histérico, neuralgias, herpes, enfermedades de la garganta, de la vejiga, de la respiración, de los riñones, de los intestinos, de los nervios del hígado, de la mucosa, del cerebro y de la sangre.

Esta deliciosa harina de salud economiza mil veces sus precios en otros remedios: 65,000 curaciones de enfermedades rebeldes á todo tratamiento, en cuyo número está comprendida la feliz curación del Santo Padre Pío IX, la de la marquesa de Bréhan; del duque de Sluskow y otros.

En cajas de media libra, 12 rs.; una libra, 20; 12 libras, 170; 24 libras, 300 rs. Casa du Barry y compañía, núm. 1, calle de Valverde, Madrid.  
Depósitos. Señor don José García.—Señor Borrel.—Señor don Vicente Miquel.—Señor don Carlos Ulzurrun.—Señor Sanchez Ocaña.—Señor Escolar.—R. Cuyas, Barcelona, calle Llauder.—Eamon Piñal, Cádiz.—José María de Somonte, Bilbao.—Jorge Hodgson, Málaga.—Roberts, Gibraltar, y todos los principales droguistas y boticarios en las demás provincias.

**ALMACEN DE CAMAS ECONÓMICAS,**  
con Real privilegio exclusivo.

Los señores Huguet y Suñé ofrecen al público su establecimiento, calle del Arenal, números 19, 21 y 23, donde hallará gran surtido de camas de perfecta y sólida construcción, desde los precios más ínfimos á los más altos, fabricada por un nuevo sistema y de mucha duración, aunque sean con frecuencia armadas y desarmadas. También hay otros objetos, precisos en las casas fabricados de hierro y otros metales. Estos señores pueden asegurar que no hay competencia posible en ningún otro establecimiento de su clase.

**FONDA DEL COMERCIO,**

Aleald, 1, esquina á la Puerta del Sol.  
Bospedaje con todo servicio, desde 20 reales en adelante, y cubiertos desde 6 reales arriba.

Seis retratos inmejorables, 24 reales.  
Calle de la Visitación, núm. 1, esquina á la del Príncipe. Se hacen reproducciones.

Cok superior del gas con astillas, 13 Crs. quintal; carbon de encina y de piedra, hulla y carbocillo de fragua, á precios arreglados. Farmacia, núm. 1. Exactitud en el peso.

Papel pintado.—Novedad y baratura en todas clases, colocación esmerada y ajuste alzados para dentro y fuera de la córte, calle de Teo, núm. 14.

**IMPORTACION DIRECTA DE TABACOS DE LA HABANA, DE LOS SEÑORES SAN ROMAN Y MAGUREGUI, CARRERA DE SAN GERÓNIMO, NÚM. 5.**

Esta casa acaba de recibir un brillante surtido, que puede satisfacer el gusto más exquisito, sin que el millar pase de 140 duros.

**AL PÚBLICO EN GENERAL.**

La Alemania, la Inglaterra, la Francia, la Rusia, la Suecia y la Bélgica poseen sus descubrimientos, á los que se les ha tributado homenaje más ó menos merecido. De nuestra moderna invención se han ocupado más de 60 peñales y diclos ilustrados. Leed lo que decía *La Regeneracion* en 6 de Abril último:

**ACEITE DE BELLOTAS.**

Cada día se extiende y generaliza más el uso de este precioso aceite, á la vez utilísimo como cosmético y como medicamento, pues no solo conserva, fortifica y hace crecer el cabello, sino que cura muchas dolencias de la cabeza, y principalmente las erupciones herpéticas. En prueba de ello hemos tenido el gusto de leer numerosas cartas dirigidas á su inventor, el laborioso español don Manuel Lopez de Brea y Moreno, por personas de todas clases y categorías, manifestándole su gratitud por los beneficiosos resultados que han obtenido por esta invención, ya recobrando el cabello que habían perdido, ya evitando una canicie prematura, ya también librándose de afecciones cutáneas que habían resistido á los más enérgicos y preconizados remedios. En su vista, es de esperar que el Aceite de Bellotas llegue á figurar en todos los tocadores con preferencia á los demás cosméticos que nos vienen del extranjero, y que de cierto no son tan eficaces, ni sobre todo, tan inocentes. Se vende en la calle de Jardines, núm. 5, Madrid, á 6, 12 y 16 rs. frasco.

**VALENTIN GALVEZ.**

GAMISERO DE CÁMARA DE S. A. R. EL SERMO. SR. PRÍNCIPE DE ASTURIAS.  
PUERTA DEL SOL, NUMS. 11 Y 12.—MADRID.

Se han recibido un bonito surtido de juegos de cuellos y puños bordados para señora. Camisetas de seda, corbatas y pañuelos de batista bordados.

**ALMACEN DE TABACOS HABANOS, PICADURA Y CAJETILLAS.**

**F. DE IBARRA Y MORALES, CALLE DE LA MONTERA, NÚM. 6.**

Cajetillas (marca especial), 18 rs. docena.	Tralucos á 100, 115 y 130 rs.
Picadura id. id., 30 rs. libra.	Medias regalías á 120, 130, 140, 170, 200 y 260 rs.
Idem en hebra para pipa, 30 rs. libra.	Regalías á 120, 130, 140, 170, 200 y 260 rs.
Galanes á 75 rs. cajete 100 cigarros.	Cazadores á 130, 150, 180, 190 y 240 rs.
Londres á 80, 90, 100, 120, 130 y 140 rs.	Brevas á 140, 150, 160, 170 y 190 rs.
Operas á 84, 90 y 100 rs.	Imperiales á 300, 350, 400, 800 y 1000 rs.
Conchas á 100, 120 y 160 rs.	

NOTA. De todas las expresadas clases, existen cajas abiertas para expender por menor.

**IMPORTANTE.**

Por tener alguna avería, y por concluirlos, se dan bonitos vareses de lana, ipásmense á real la vara; dichos lisos y listas de seda, á real y medio; elegantes orpandis y chaconadas francesas, á 3 rs. vara; ricos madapolanes, desde 15 cuartos, vara; lanas de todos gustos, desde 2 rs. y medio; transparentes suizos preciosos, desde 30 rs. unos; colgaduras bordadas desde 50 rs. juego; velos tul estiro, á 8 rs.; manteles, puro hilo, desde 8 rs.; juegos de mantelerías adamascados, desde 70 rs.; lienzo, lonas, y toda clase de géneros baratísimos. Calle de Bordadores, 9, tienda, frente á la iglesia de San Ginés.

**GRAN OCASION.**

Completo surtido de elegantes chaconadas, listas á la emperatriz, colores permanentes, al último precio de 2 reales y medio vara. Calle de Bordadores, 9, tienda, frente á la iglesia de San Ginés.

**AL ABANICO DE ORO.**

Plaza del Angel núm. 6, casa esquina á la calle de Espoz y Mina.—En dicho establecimiento se acaba de recibir un gran surtido de abanicos de última novedad de las mejores fábricas del reino y extranjeras, siendo sus precios de dos cuartos en adelante.

También hay un gran surtido en sombrillas de seda, quita soles para señora y caballero, y se hacen composuras con prontitud y economía. Se pintan iniciales, coronas, escudos, etc.

Parajita amorosa, dedicada á los enamorados por don Juan Tenorio.—Entretimiento muy propio para las tertulias en estas noches de invierno. Consta de 40 tarjetas, 20 de señora y 20 de caballero, que se barajan y siempre sale una pregunta de caballero y una contestación oportuna de la señora. Se vende en la Administración de EL CASCABEL á 2 rs., y se envía á provincias á quien mande 5 sellos de 4 cuartos.

**Nueva Tarifa de Correos, publicada en Real decreto de 13 de Mayo de 1867.**

Adicionada con tablas para facilitar el franco de las cartas, periódicos, impresos y libros, por la *Revista de Correos*. Se hallará de venta en Madrid al precio de 2 rs., en la librería de Salvador Sanchez Rubio, calle de Carretas, núm. 31, y en la Administración de EL CASCABEL, Hileras, 2 duplicado, donde se servirán los pedidos de provincias mediante cinco sellos de cuatro cuartos.

Almacen de tabacos habanos al por mayor, de las mejores vegas de Vuelta Abajo, garantida su legitimidad. Arenal, 11, principal derecha.

Cajas de cien cigarros, desde 80 rs. en adelante, con descuento del 6 por 100 al que tome un millar de tabacos.

MADRID: 1867.—Imprenta de El Cascabel, á cargo de RAMON BERNARDINO, calle de las Hileras, núm. 2 duplicado.